



DIEGO ARMANDO
ARCINIEGAS MALAGÓN

EL PAÍS
DEL
PRISMA

-NARRATIVA-

EL PAÍS DEL PRISMA
DIEGO ARMANDO ARCINIEGAS MALAGÓN

El País del Prisma
Copyright© Diego Armando Arciniegas Malagón
All rights reserved

Blog: <http://diegoarmandoarciniegasmalagon.blogspot.com>
Facebook: <https://www.facebook.com/diegoarciniegasescritor>
Twitter: https://twitter.com/diegoa_am
Email: diegoarmandoarciniegas@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático sin la autorización previa y por escrito del autor.

A Sandra, fuente de inspiración de cada
palabra que cobrara vida en este libro.
A mi mamá: Elsa, ejemplo de perseverancia e
incondicional amor.
A mi papá: Armando, por quien aprendiera a
amar las letras.
Gracias a ustedes, hoy el sueño se hace tinta.

CONTENIDO

CAPÍTULO I DE LAS LETRAS Y SUS AXIOMAS

CAPÍTULO II EL RITO

CAPÍTULO III SENDAS MUERTAS

CAPÍTULO IV CON ASOMBROSA EXACTITUD

CAPÍTULO V LOS PARABIENES DEL ASTILLERO REAL

CAPÍTULO VI UNA NECESARIA INTERRUPCIÓN

CAPÍTULO VII SIN DILACIONES

CAPÍTULO VIII LA ISLA DE LAS PIÑAS

CAPÍTULO IX ¡HAN LLEGADO!

CAPÍTULO X PUMAS Y DEIDADES

CAPÍTULO XI SIMPLEMENTE PLAYER

CAPÍTULO XII CREACIONES HIPNÓTICAS

CAPÍTULO XIII EMBAJADORES DE LO SUBJETIVO

CAPÍTULO XIV ADICTO A LAS PARÁBOLAS

CAPÍTULO XV VIAJERO SIN RUMBO

CAPÍTULO XVI LA OTRA CARA DEL CAPITOLIO

CAPÍTULO XVII IMPERIOSO ANTAGONISMO

CAPÍTULO XVIII LEGISLADORES DE FUEGO

CAPÍTULO XIX SOLO LA VERDAD

CAPÍTULO XX IDIOSINCRÁSICO

CAPÍTULO XXI SENTIMENTALES DIÁLOGOS

CAPÍTULO XXII SOBRENATURAL

CAPÍTULO XXIII FIEBRE

CAPÍTULO FINAL TEMPRANO EN LA MAÑANA

CAPÍTULO I

DE LAS LETRAS Y SUS AXIOMAS

Nuestras mentes divagan más despiertas que entre sueños, fantasear es tan sencillo si olvidamos dormir.

Ahora mismo, las letras que saben del mundo entero, de lo que es más distante, de aquello que se lleva a cuevas sin reproche, se articulan, hablan de ti, hablan de mí. Ellas lo conocen todo; quieren ser comprendidas; buscan ansiosas disiparse en el universo que señalara el papel. No obstante, son pocas las manos capaces de atraparlas... ¡Cuánto el miedo de asaltar la infinitud del éter!

Las alturas, solo potestad de unos pocos. Únicamente, esos, que no temen a la belleza inconmensurable de la conjugación rítmica, pudieran alcanzar alguna vez el beneplácito del verbo.

El pensamiento, siempre ambiguo, en clara muestra de querer dejar atrás —al menos momentáneamente— la que es su esencia (no llegar jamás), demanda la idoneidad de la pluma como paso a seguir.

Luego de que los sentidos proporcionaran iniciales formas a las cosas, se debe abrir paso a los caracteres entrelazados en líneas, a las verdades hechas de tinta, susceptibles de ser dadas a conocer.

Amigos: para tener día y noche presente el rostro de la mujer amada, que se redacten unos suaves versos; para sentirle cerca, a pesar de lo insalvables que parecieran las distancias, que el perfume de su pelo se haga poesía, que el intenso rosa de sus hermosos labios conozca lo mucho que le deseas. Entonces, la princesa sabrá de ti; sus ojos, exclusivamente, querrán verte si les escribes con pasión.

Es mi intención que el corazón por fin se enuncie libre, distante de cualquier agitación extraña a su sincero palpar. Anhele la llegada de los vocablos eficazmente dispuestos en mis expresiones. Espero, espontáneo, el arribo a las direcciones máximas de este amor; él, seguro de las virtudes que condensa, se despoja de toda suspicacia para así dar inicio a una historia juntos, desconocedora de los límites de esta superficial realidad.

Sí, el país de las fantasías advierte lo cercano de nuestro vuelo, en las nubes más profundas se celebra esta unión perfecta. Descansarán entre los seres del mito, en medio del azul obsequiado por los dioses, las cautivas ambiciones de dos almas que, atrapadas por las tonalidades del arcoíris, aún perdidas en un

beso, renuncian a la libertad de los hombres para hacerse de los privilegios del espejismo eterno.

CAPÍTULO II

EL RITO

Vientos incandescentes merodean mis pupilas,
la agudeza del fuego ya se confunde en el cristal.
Las ninfas del escabroso bosque que trenzan utopías,
detallan en sus coros de la lluvia el golpear.

Con cada gota un guiño que desase el firmamento,
una estrella cae profética en el mar;
desnudas las formas del astro que se hundiera,
me entrego al desvelo del que no puede esperar.
La oscuridad es testigo del romance que envolviera,
al seductor brillo en las olas para amar.

De repente, un irascible tornado ha rebasado las fronteras que impusieran
Céfiro, Bóreas, Noto y Euro a los mortales.
El tiempo pierde consistencia,
la luna, ¿a dónde va?;
con el sol está la noche,
preferible no inventar.

La verdad es que la tinta:
ni mucho menos, muerta está.
Las pinceladas del rapsoda,
cobran vida aquí y allá.

Los átomos concurren a la bolsa del artista,
las pizcas de cosmos zozobran en su altar;
se bañan en cadencia los bocetos que al instante,
proyectan la otra cara del genio en su mirar.

La intemperie del silencio,
disfraza la ceguera de un millón.
En lo inhóspito de la selva,
solo el verde es señor.

¿Agua en el desierto?...
No más que una ilusión.
Unos novios de la mano,
¡que sucumba la razón!

Mi niña: ¡que Morfeo deje sus alas! Comprendí que para volar lo único que hace falta es que estés a mi lado.
Así, si tú acompañas mi destino (evaporarme), indómitas se desplegarán las ideas. Se refugiarán en el éxtasis, la fiebre y la risa.

CAPÍTULO III

SENDAS MUERTAS

– ¡Recuerdas!: la felicidad solía tentarnos, lo hacía sin excepción alguna. Era la constante, las piernas perseguían fin cualquiera; el horizonte, a veces noble, desfallecía hecho conformismo. Aliento tras aliento se dilapidaba. Sosiego: de presentarte en la creación, injurioso, cual soplo te esfumabas; los amigos del apremio instaban al resto a ser como ellos. Sí, eran poquísimos los que vivíamos convencidos de la generosidad del amor; irrisorio el número de quienes al igual que nosotros, expectantes de la invención máxima, tuvieran a bien arriesgarlo todo. Nómadas, profesionales saltadores de epílogos: seguro siguen dando vueltas en busca de lo ya resignado al nacer. Aún en mis oídos es el eco de sus contritos pasos. Muchas de las empresas consideradas trascendentales por la humanidad, confesaban abrigar entrañas que carcomía la envidia, alimentar rencores que atesoraban fortunas en medio del hambre. El aletargado panorama apenas permitía la coexistencia en las ciudades; coincidían en la misma urbe, bohemios y enajenados por el señorío. ¿Cómo erigirse en el poder?, maquinaba el imperio del desánimo; incluso para los más notorios corazones, para aquellos en capacidad de hacer vecindad con el “mundo de las ideas”, era un peligro inminente el que se dejara de soñar. Los libros, atestados de números, no señalaban ninguna esperanza; la temperatura del infierno, que hacía las veces de estrés, era todopoderosa. De los ilustrados en los principios de la codicia, de los maestros a la hora de formular leyes que inducían a la indiferencia, exclusividades de ellos, eran: La voz del pueblo, los aguardos de literatos y clérigos, quienes al unísono elevaban oraciones a la Divina Providencia. Niña, volvamos la vista atrás, sin dejar de ser detalles de la fantasía, volvamos la vista atrás. Las montañas que nos rodean, evocan el follaje que la barbarie arruinó; los manantiales que pisan nuestros pies, son el agua de la cual ya no se bebe. Innegable, la solución, aquí la vemos correr; ellos, pasivos, solo dibujan su sed. Somos en donde nada más es, paseamos por los senderos en que las sombras se visten de colores para servir de compañía a la aventura. ¡Convéncete!, aquí las mentes lo desvían todo hacia la perfección.

– ¡Recuerdas!: la felicidad solía tentarnos. Mi amor, ¡sígueme! Nuestras mejores páginas están por escribirse.

CAPÍTULO IV

CON ASOMBROSA EXACTITUD

–Abordemos ese barco...

– ¿A cuál de todos te refieres?

– ¡Hermosa, mira!... hablo del que está debajo del puente. ¿Lo ves? ¡Allá en las cataratas! Si bien es cierto que hay navíos por doquier, adornados con rosas y fina pedrería, solo aquel puede contar esas mágicas velas entre los tesoros que custodia. Parece que son hechas de acuarela, ni el mejor de los paisajistas lograría siquiera aproximársele en exquisitez de formas y texturas. Es que insinuar cualquier corrección sería absurdo; aun aquí sería inadmisibile. Mi vida: ¿Qué deseas hacer, a dónde vamos?; nuestras opciones no tienen clausura. Tal vez quisieras un trineo halado por elefantes que nos hablaran de tantas y tantas romerías al fondo del océano; o que una pequeña hada, con un golpecito de su dorada varita, tuviera a bien trasladarnos al monumental zoológico en el que se congregan las mascotas de las tiras cómicas para hacer las delicias del público junto a sus respectivos amos.

Quizás te gustaría que algunos de los serafines que pescan salmos en la orilla desplieguen esas alas de luz, así abriendo en el tiempo un vértice que pueda conducirnos a donde pastan los unicornios. Claro, si lo prefieres, a la cima del volcán que está a nuestras espaldas, para recibir la bienvenida de los osos blancos.

Acaso, ¿apeteces viajar en el tren de las diez de la mañana? En el que siempre nos sorprende con un disfraz nuevo. Cuentan los aldeanos que hace cinco minutos era un temible dragón, que hace seis hacía las veces de serpiente, que únicamente hace siete minutos parecía un cohete.

–Sí, el tren sería una muy buena elección; a lo mejor y quiere hacernos creer esta vez que es algo así como... ¡Una rueda de la fortuna!

–A lo mejor, pero yo preferiría que fuera una saeta, una que sin tener prisa sale a darle vueltas a las manzanas del reino, así como al resto de las frutas.

–Oye, ¡Amor!, sería grandioso que Lassie y Princesita pudieran disfrutar de este lugar. Hay tantas criaturas graciosas que las harían reír. Imagínalas corriendo al lado de Pluto en las minas de diamantes de los enanitos o escuchando las peripecias por las que han pasado Pongo y Perdita para educar a más de cien cachorritos.

–Claro que las imagino... ¡Míralas!, ahí vienen.

– ¡Hola Princesa! ¡Hola Lassie! Ahora sí que esto es un sueño. Niñas, escúchenme bien: ni se les ocurra morder a nadie. Sé que quieren corretear sin que las molesten. Vayan, las veo al rato.

– ¡Qué alegre estás, preciosa!

– ¿Cómo no?, en serio, soy la mujer más feliz de todos los mundos.

–A propósito, ¿cómo vamos a recorrer la inmensidad de éste? ¿Qué propones, esperamos la mutable locomotora?

–No sé, comamos algo antes de que sean las diez.

– ¿Desayunar?... Promuevo esa iniciativa. ¡Que tu estómago y el mío se sacien de todo tipo de manjares! ¡Qué hambre no!

– ¡Mira!, sabía que eran elegantes, pero ella.

–Señora jirafa, buenos días. Excúseme por interrumpir su lectura, sería tan amable de indicarnos la ubicación de un castillo, de uno de galletas y fresas.

– ¿Dijiste un castillo de galletas y fresas? –anotó mi niña.

–Sí ¡Amor!, sospecho que hay uno cerca –dije.

–Joven, usted y su novia son idénticos a los protagonistas de la novela que leía. Aquel par se quería tanto; ellos también preguntaban por castillos para comer. ¡Siempre quieren azúcar!

Déjenme adivinar. Diego, ahora mismo escribes lo que sucede en este lugar... ¿Verdad?

–Supongo, será por ello que tus manchas son azules. Claras y oscuras.

–Fue un color muy bien escogido, debe ser tu favorito –ostentaba la jirafa.

–Sí, pienso que es sobrio y a la vez distinguido. Tenías que ser una jirafa especial.

–Maestro, ya que estás por aquí: ¡qué ingenioso fue que los optimistas hipopótamos interpretaran a Hesíodo! La mitología griega es desenmarañada en las aulas de clase a partir de la atinada recitación de la Teogonía. Te participo: los discípulos de los duros cuadrúpedos, a diario ponen en tela de juicio las suficiencias de los hombres, dando así cumplimiento a tus mandatos.

–Gracias por esos informes, Azulita.

– ¡Qué adecuado!, Azulita será mi nombre.

Y antes de que me preguntes, ¿qué horas tienes? ¡Observa!... Aquel avioncito de papel, el que se esconde detrás de las secoyas.

¡Es nada más y nada menos que nuestro puntual trencito de las diez, el mismo acucioso avestruz que hace ocho minutos los rieles engullía! –mirando al cielo, dijo la jirafita.

–Gracias Azulita, ¡sí que se asemejaba a un avestruz! –comentó mi niña.

–Un atuendo buenísimo, pero que a mí no me engaña. Percibo a kilómetros el rechinar del óxido. Señores: ¡qué distinto es el andar de una máquina cuando está aceitada! –explicó la jirafa Azulita.

–Azulita, toma. Escenificalos, son unos cuantos textos de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Te aconsejo trabajar con los delfines y chimpancés. ¿Adviertes el talento que podría estar en función de la tragedia? Hasta pronto –dije, luego de un franco “apretón de manos”.

– ¡Qué ingenioso! Será un éxito rotundo –pregonó la jirafa.

– ¡Adiós Azulita! –exclamó el amor de mi vida.

–Yo los transportaré al sabroso castillo... ¡Suban! –gritó la embarcación de debajo del puente.

CAPÍTULO V

LOS PARABIENES DEL ASTILLERO REAL

Elocuente, el velero absorbía las miradas de toda la jungla; predestinados para el júbilo íbamos rumbo a lo inenarrable. La escalera que descolgaba de unos barandales ya entrados en años, nos conducía a la cubierta principal.

De sopetón, una garza plateada con orlas fluorescentes vino a posarse sobre el mástil central. Tarareaba el himno de los enamorados; sí, anestesiados, al instante comparecimos ante aquel categórico signo.

En un abrir y cerrar de ojos, catorce gaviotas, doce chorlitos, quince silbones, veinte flamencos y once papagayos que durante meses habían sido preparados para tocar en la Orquesta Filarmónica del Astillero Real –eso creían–, todos vestidos de luces, se formaron prestos frente a la directora. Abrieron los espaciosos morrales que cargaban en sus lomos tornasol; emergieron de lo incorpóreo violines, violonchelos y contrabajos; xilófonos, timbales y panderetas, también flautas, clarinetes y trombones según la especialidad de los plumados.

El ave argentina alias Monedita, saludaría con un espectacular concierto a los novios. La función de las diez y media de la mañana sería más que extraordinaria, el atávico ahínco con que solía tocarse a la media noche, se transformaba para permitir que a los desprendidos aplausos del calor del día se atendiera.

Con anterioridad, esta ceremonia había señalado la presencia exclusiva de leones, cocodrilos, alces, búfalos, ardillas y vacas de la provincia, pues eran ellos quienes comprando las costosas entradas patrocinaban los gastos de los músicos novatos. Ahora nuestra historia coincidía con la graduación de los ya distinguidos intérpretes, éstos, como era habitual, se despedían de su tierra para ponerse a disposición de las fábulas creadas del otro lado del ensueño.

Monedita les había capacitado para afrontar los vericuetos de los autores más fantasiosos, la prueba de ello residiría en una única presentación ante la plenaria del cuento, de la que lógicamente éramos miembros mi niña y yo.

La gala tenía alrededor de quinientos asistentes, además de los afiliados a la Casa de los Bajeles –el lugar donde todo adquiere color–, otros cuatrocientos acudían a tan magna ocurrencia.

Recuerdo que descendimos por esa escalera de bronce; que tomamos asiento en la primera fila; que una cebra a cuadros nos brindó chocolate, huevos y pan.

Sí, el capricho era apaciguado, aquellos muros hechos de galletas y fresas entonces podían esperar.

No se escuchaba nada distinto a la conductora de la banda, segura de su profesionalismo impartía las últimas sugerencias.

Los que por fortuna apreciamos de cerca cómo las sublimes velas se movían impacientes; esos que desde lo alto de las palmeras esperaban ver algo con la ayuda de modernos binóculos. Todos, absortos, aguardábamos por los sonos del séquito de la garza Monedita.

CAPÍTULO VI

UNA NECESARIA INTERRUPCIÓN

Auxiliados por un eclipse; gracias al tenaz esfuerzo de las tres tortugas taekwondistas, por ellas que cubrían sus kimonos con camisetas alusivas a los Estados Unidos, de las copas de los cerezos emanaban esos ensordecedores juegos pirotécnicos. Sí, los cañones disparadores de serpentinas, previamente dispuestos por los gorilas aviadores en las nubes más densas, por fin hacían explosión.

Después del convincente prelude amanecía otra vez; los excelsos acordes para cuerdas, percusión y vientos acechaban a la boquiabierta multitud.

Se dividían los telones que al entrelazarse sellaran el tablado; muy estirados, revelando raros moños, los adolescentes y su guía nacían del humo.

Aplausos y más aplausos, todo era aplausos. La mentora daba furibundos sacudones a su ramita, los diestros secuaces de Monedita maravillaban a chicos y grandes con la exégesis de muchos perennes clásicos.

Una gallinita de ojos saltones, inundada en lágrimas, que usaba cachucha y sudadera pues venía de correr el maratón Circunstanciales Quimeras; valiéndose de unos amortiguados zancos de goma, confirió a los ídolos de la masa múltiples medallas y trofeos.

Por las mariposas con sus cumplidos; por los erizos y sus lisonjas; por los mimos de los ciempiés; por el férvido llanto de Tolimita, la campeona de la extenuante carrera, quedaba plenamente justificaba la terquedad con que se bregó durante jornadas enteras con los prolongados pentagramas, con las engorrosas prácticas.

El presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Cuento, un erudito búho bautizado con el nombre de Meteoro; claro, por intuición de sus padres quienes entrevieran en el retoño la sagaz sapiencia del doctor, se acercó a Monedita. Ella temblaba nerviosamente ante la estampa del catedrático, era incapaz de responder a su saludo. Aun la arrolladora aptitud de la garza, se inclinaba ante la pulida presencia de la leyenda.

Meteoro solo quería concederle un pergamino, uno en el que quedara consignado para las generaciones venideras, la sin igual trascendencia del oficio del Ave de Plata. Quien, incluso olvidándose de sí misma, había ayudado a millares a versar acerca del arte de ilustrar las ideas que tildadas de ridículas florecen allá, en la que egoístamente se hace llamar realidad.

De a poco era desocupado el barco; el colosal, aunque improvisado espectáculo, entre vítores llegaba a su desenlace.

Monedita voló al suelo para regalarnos a mi niña y a mí un fuerte abrazo. Estaba dichosa, sabía con exactitud dónde colgaría el nuevo título, ese que sin prevenciones considerara el más importante. Aquel que rezaba en la parte superior, de puño y letra del mismísimo Meteoro: “Gracias por permitir con tu incesante esmero, que las risas de los niños apadrinen la imaginación”.

Pienso que en ningún tiempo se verá encuentro semejante. Sí, los cocoteros jamás serán tan útiles como esa vez, en que unos pequeños músicos alados paralizaron a todo un mundo.

CAPÍTULO VII

SIN DILACIONES

Resultamos bailando,
te hice caso y bailamos.
¡Recordar qué! ¿Para qué?:
Solo sé que sobre las plumas bailamos,
que parecíamos locos y bailábamos solos tú y yo.
¿Silencio?, nunca se calló así;
la soledad se resquebrajaba a nuestros pies sin despertar a nadie.
Entonces, fue propicio hacer una pausa y soñar,
tomar tu mano y bailar.

Era inquietante el itinerario a cumplir para llegar a las crujientes torres; remoto se extraviaba el colofón del romance. Sin dilaciones, partíamos con el viento en popa.

Bordeábamos el manglar; de los troncos que flotaban asomaban nomos con sacos repletos de hojarasca, la que sería posteriormente oro como producto de embrollados procesos químicos a los que fueran sometidas las hojas secas que tapizaran el otoño. Con el metal, los conejos –andarines orfebres– esculpían primorosos zapatos que se vendían como arroz. ¡Es que solo costaban una sonrisa! Un precio realmente asequible.

Era final de mes, por eso las minúsculas formas humanas se veían saltar de loto en loto; resueltas, soportarían el liviano peso del encargo hasta poder donarlo a los laboratorios del científico Fosforín, un viejo lobo que proyectara y fundara su Instituto para la Manipulación de los Elementos en los mal llamados Jardines Colgantes. Allí, al amparo de las margaritas, de las rosas, de muchos girasoles, cada treinta días atendía los pedidos de nuestros artesanos comilones de zanahorias, quienes disponían de solo instantes para fabricar los demandados botines.

La ciencia estaba en función del buen calzar, cada paso que se daba ayudaba a incrementar los rostros radiantes.

Cuatro tiburones que sobre una roca jugaban a las cartas, en señal de humildad, se quitaron los sombreros de copa al notar nuestra presencia; es más, uno de ellos nadó hacia la embarcación de las mágicas velas para recrearnos con inextricables cabriolas. Giraba en el aire hasta marearnos, por

sus piruetas dimensionábamos el palmarés del acróbata.

El calor del medio día ya no sofocaba; las cometas de nieve tallaban la atmósfera. En esa libreta de color naranja, en la que adquirieras en una papelería antes de zarpar, tomábamos registro de las fragancias de las plantas, del número de dientes de las fieras.

CAPÍTULO VIII

LA ISLA DE LAS PIÑAS

Éramos los pioneros de las expediciones de tinta; solo la pluma que portaba en mi chaleco safari había logrado transgredir los miedos de la aburrida cotidianidad.

Preferidos por el hado nos arrastraba la corriente; el agua, sobrenaturalmente bordada con todos los quilates, rodaba en los remolinos junto al cuarzo. Súbitos, los rápidos del gran río Lapsilázuli sitiaban al galeón. Él, quien al exhalar atrajera a las burbujas más desequilibradas; claro, empleando los altoparlantes instalados en el cobertizo, luego de una mudez de horas, rugió:

–Soy Adonis, la nave arcana del Jefe. Es un gusto tripular su travesía por la exuberancia de los minerales, por lo enrevesado del raciocinio.

–La juventud corteja tu figura, sin flaquear te seguirá a todas partes –garanticé. Un envolvente sonido estéreo nos hablaba del aplomo de los buques, del confort de las lanchas con motor fuera de borda; nos decía de la insignificancia de cualquier mecánica al pie de las orgullosas velas, frente al sentido del humor de su todopoderoso progenitor.

Caía el sol que bronceara nuestros brazos; arenosa, una isla de piñas estaba a la vista. Un titánico faro en la costa, uno que fuera puesto para revelarnos lo que trae la noche entre sus mantos, estimulaba la incursión de los novios en la mansión salvaguardada por el héroe de la espada de fuego, por el Justiciero de Hojalata. El mayúsculo monumento de almendras plutonianas, sabía ahuyentar de los tan necesarios tratados de esquizofrenia, a la redundancia, al simplismo declarado, a la lasitud mental que entorpece el alma.

Llovía a cántaros...

Adonis se detuvo frente a esas turquesas playas, allí donde un cachorro de puma yacía de bruces en el suelo. El felino trataba de esconderse de nosotros, con extremo sigilo se desplazaba por entre los camaleones; cambiaba de guarida constantemente.

Sus apretados maullidos, al carnívoro le hacían cimbrar los blondos bigotes; tras un raudo tranco, el a veces cuadrúpedo, el a veces bípedo, se zambullía en uno de los anegados secretos pasadizos que cavaran los topos de anteojos, peritos en mecánica de buldózeres (observábamos desde estribor).

Difuminados por las dunas, contiguos a cada túnel, había quioscos de jaspe rojo y azul en los que se ofrecían lámparas de todos los tamaños, en forma de

hongo y de calabaza. Como hechizados, los lugareños intercambiaban estos aparatos por golosinas; a diario trocaban con los suricatos, sus inventores, para alumbrar los distritos del óleo. ¡Es que eran traídas directamente de la Casa de los Bajeles!, de ahí su unísono requerimiento.

El timbre repiqueteaba en el barroco portón de la estancia: *ring, ring*. Las narices de Mostacho, el pequeño puma, prorrumpían raspando el pórtico para que el quisquilloso chicuelo, empapado, llamara a su padre.

Después de atravesar la propiedad toda, de haber recurrido a los subterráneos e inundados conductos, el obediente hijo retornaba al hogar. La cena que preparara el señor Gatillo, no esperaría más por sus comensales.

Una alfombra escarlata, nos decía: ¡Sigan!, seguros de su advenimiento, por ustedes es que aguardamos durante centurias.

CAPÍTULO IX

¡HAN LLEGADO!

Ya dentro de la mansión, Mostacho reposaba bebiendo una humeante infusión de piña; sentado en la butaca reclinable de la cocina, escurría las mangas de su frac en un balde que el chef en retiro don Gatillo, también le alcanzara.

Ducho en lo que a especias egipcias respecta, en lo que a aderezos orientales concierne, el anfitrión salteaba en aceite de oliva un filete de brontosaurio; la carne en la sartén se freía lentamente.

–El dilema ahora es la vajilla. Déjame pensar...Quizá servir en los platos de la promoción del helicóptero de la gaseosa los hace sentir como en familia; tal vez si aprovechamos la loza de los aborígenes australianos, la que está en el cajón de la alacena que tiene cerradura, comieran con todo apetito tras considerar la fina rareza de sus grabados. –rumiaba don Gatillo.

–Papá, y si damos las saladitas tajadas de dinosaurio en las flamenquillas helénicas que nos prestó Azulita. –indicó Mostacho, quien viéndose reflejado en el titanio de la olla express, fijaba con gomina su poblado bigote.

–Ufff, la batería de la jirafita sabelotodo; por supuesto, esa es la respuesta a mi comezón. Aprisa, vé, diles que entren –cantó el puma de gorro contramarcado.

En un santiamén, en cuanto pudo liberar el paño caoba de las tricolores algas danzantes, el aprendiz de culinaria desplegabla las persianas, desde los ventanales del tercer piso chiflaba y chiflaba.

–Amigos, los llaman del emblemático Capitolio del Mesozoico. Al final del tapiz, sus selectos paladares hallarán las chuletas, los perniles habidos y por haber, soñados y por soñar. Allí los atenderá, además de don Gatillo y Mostacho (los dueños del parador), la señora Deméter (la diosa de las Cosechas), quien gozando de la compañía de su hija (la siempre primaveral Perséfone), hace que germinen las semillas de la concordia en nuestra suculenta epopeya –explicó el donoso Adonis.

Luego de sonreír sin tapujos, los conejos de la orfebrería de la milla siete (vía Ancladero del Índigo – Llanuras del Fin Rosa), nos habían considerado merecedores del oro.

Recuerdo: Allá, en la margen izquierda del río, con toda la etiqueta del caso, el placentero calzado se ciñó a los que hasta entonces eran nuestros huidizos pies. A las nueve y diecisiete de la noche, según el panorámico reloj de

pulsera de mi niña, el terso carmesí de las recortadas cortinas sondeaba la bondad de las huellas que tras de sí dejaban los hambrientos veinticuatro kilates. Esos que por su cena corrían, esos que ávidos de proteínas, corrían.

CAPÍTULO X

PUMAS Y DEIDADES

–Bienvenidos sean ustedes, prosélitos del original color. El hambre que llevan auestas no será más, a partir de este instante conocerán de la universalmente acreditada sazón del Capitolio del Mesozoico. ¡Sigán!... La carne ya está en su punto. Mi hija, don Gatillo y Mostacho esperan en la mesa –así nos recibía doña Deméter. Luciendo un vestido de garbanzos y avellanas, uno que fuera confeccionado en el propio bazar de esos fructuosos sembradíos de la isla de Samos –por decenas de espantapájaros en sus ratos libres–, la augusta dama se declaraba partidaria de los cultivos multipropósito. Sí, por aquel tiempo dichas siembras estaban en furor, primordialmente en las riberas del Egeo y del Adriático. Allí los Giratorios Arrecifes Coralinos acogían turulatos a las más hermosas sirenas del Sur; atrapados por los largos y rubios cabellos de las divas nuestros poliperos ofrendaban sus laberintos, hechos con perlas de esmalte rosa, con millones de petrolizadas canicas.

–Gracias señora, es usted muy cordial. Sus palabras son tan reconstituyentes, casi son tan precisas como el olor que a mi nariz le habla de esos filetes que en la tierra nadie puede cocinar –dije, deteniendo posteriormente la mirada en las sandalias de pino anaranjado de la oronda deidad. Las que chispeaban cocuyos, las que bien valía la pena observar sin afanes.

–Señora Deméter, quisiera comentarle algo: aunque es cierto que por artículos del diario *El Discurso del Peregrino Oportuno*, sabía ya de las atribuciones que le tocan a la Diosa de las Cosechas en su eternidad; de cómo con solo chasquear los dedos puedes hacer que el trigo y la cebada emanen del peñasco, debo confesar que para mí fue una completa sorpresa hallarme cara a cara con quien mejor viste de fantasía. Jamás había visto nada semejante; es que tu vivo ropaje no tiene par ni aquí ni allá –atónita, explicaba mi niña, exponía a la sempiterna mujer los parámetros por los cuales le consideraba un hito de la moda intergaláctica.

Después de tres minutos de precipitada conversación; tras hablar de reconocidos diseñadores, de modelos esbeltas, de simposios a los que una y otra habían asistido para enterarse de lo último en cortes de pelo y maquillaje, las damas se habían hecho amigas. Sí, caminaban por el zaguán que conducía al comedor, lo hacían sin percatarse de mi existencia.

Carísimos lectores: Ni siquiera yo –el artífice de la aventura que ahora

siguen— podía distraerles. Mis comentarios eran parlamentos de otro cuento, ellas construían el suyo... Uno en el que una diosa griega y una jovencita de la capital colombiana, se encontraban solo para discernir acerca de pasarelas. Querían hablar de accesorios para llevar en el cuello y las muñecas; buscaban cualquier cosa, menos sentarse a comer el filete de brontosaurio que en la mansión salvaguardada por la gigantesca estatua de almendras plutonianas, dos pumas emigrantes de la realidad, Mostacho y don Gatillo, juiciosamente prepararan.

—Buenas noches señorita, buenas noches caballero —nos saludaba Perséfone; colocando en nuestras cabezas coronas de laurel y olivo, lograba hacernos sentir como unos Campeones Olímpicos.

La hija del gran Zeus era mucho más discreta en su vestir; a diferencia de la adornada Deméter, Perséfone tenía puesta una sencilla falda floreada que le llegaba hasta los tobillos, una blusa azul que hacía juego con sus ojos.

Calzaba unas sandalias parecidas a las de su mamá, pero no anaranjadas, sino de color ocre.

—Perséfone, eres una muchacha muy alta, una joven de rostro angelical y luengas piernas —señaló mi niña.

—La habitual estética de las ideas casi extintas del otro lado, esas imágenes vacuas que son la entelequia de la trama que honramos al soñar estos infinitos pasajes de tinta, necesitan de ti para insubordinarse al reflejo. La pluma que moldeara los pasos que das aquí, no permitirá que las granadas del Hades te rapten.

Sí, esporádicamente nuestro suelo se hace testimonio del duro golpear de la lluvia, prueba inapelable del voluble ritmo al que la humedad de los nimbos atiende para propiciar el verde más intenso... ¡Sí!, pero déjame decirte que de ningún modo será invierno en El País del Prisma, no en la novelesca geometría del éxtasis que siempre es sol —declamé...— Estimaba oportuno resaltar las trascendentales disparidades de éste, el resumen de mi hazaña, en cuanto al mito heleno en cuestión.

Perséfone me escuchaba atenta, no le hablaba solamente a ella.

CAPÍTULO XI

SIMPLEMENTE PLAYER

Un gramófono con bocina de proporciones caricaturescas, uno con nariz prominente y orejas de luchador. El que había sido hecho de distintas aleaciones, fabricado con neodimio y cobalto, con lantano y fósforo; aquel gramófono que en la subasta del circo adquiriera, sin dejar de hacer malabares con el balón de fútbol, cantaba un vals vienés en la esquina más vetusta del Salón de las Carnes.

Don Gatillo y Mostacho, inspirados por Euterpe, entonaban terminadas estrofas, odas que solemnizaron aún más nuestra visita. La generosa flauta de la musa, su sobrenatural cadencia, aquella noche se apoderaba de la poesía lírica de los hasta entonces cocineros. Las concordantes notas, las que con anterioridad solo eran maullidos, ausencia de cualquier compás, convertidas en la mejor música nos saludaron.

Con total disciplina, los felinos seguían el ritmo que Player (el juglarcito) marcaba en el Rincón de las Arañas Búlgaras, desde el escondrijo que les albergaba hace unas nueve décadas. Bueno, es cierto, las arañas no acostumbran llevar sombrillas tan coloridas; incluso las que moran en cercanías al río Iskar –hábitat natural de los artrópodos más absurdos– dicen que son transgresoras de las tradiciones de su especie. Lo que debe rescatarse en los Balcanes, en la región del Mediterráneo en su conjunto –anotan–, es el uso de los dúctiles paraguas de neón. Sí, con facilidad podían plegarse para ser llevados en bolsos de mano y bolsillos, en la pretina del pantalón; redujeron en forma importante la alta tasa de atropellamientos nocturnos.

Definitivamente, no eran arañas. Se trató (creo) de una burlesca variedad de mutaciones literarias, de unos endriagos léxicos que aún hoy desconozco.

CAPÍTULO XII

CREACIONES HIPNÓTICAS

El brontosaurio se enfriaba... La carne del diplodoco se enfriaba en las flamenquillas que Azulita, tras leer el futuro, prestara al Capitolio del Mesozoico. El espontáneo acto cultural llegaba a su término; Mostacho, don Gatillo, por supuesto Player, se sonrojaron a causa del prolongado aplauso que doña Deméter entre brincos propusiera.

Y nos sentamos a la mesa; mi niña y yo con los cubiertos en las manos; Perséfone servía el jugo de piña en los cálices de bambú; la Diosa de las Cosechas organizaba el florero; los pumas hablaban por celular con sus familias en Bolivia. Todos nos mirábamos a los ojos, hasta que decidí probar el primer bocado.

En las servilletas que en su fineza dibujaban distintos motivos ilíacos, en los hexágonos de cachemir que serpenteaban mi plato, observé una cara muy conocida. El mantel azul cerúleo me hablaba del mismo rostro; la cúpula de travertino también retrataba las facciones de quien les escribe.

Quedaba sumido en lo más idólatra del egocentrismo (lo acepto); me abstraí de la realidad y de la ficción para ser parte del sinsentido fáctico de lo hipotético. Sí, yo mismo era esa idea que no se adormila con el desmayo del siempre custodio lápiz.

En verdad, estaba sorprendido con la personalizada iconografía que atiborraba el lugar; al igual que los demás, yo lo estaba. Siendo el centro de atención del banquete, con todas las miradas encima de mí, masticaba lentamente la jurásica porción de lomo que el amplio Mostacho tuviera a bien servirme. Era una carne fresca: doradita y blanda. Se trataba de unos tres mil gramos de lo más seleccionado de la ganadería Los Césares, que, siendo la titular de diferentes hatos que por genética y crianza respondían a las altísimas exigencias de mi paladar –previa solicitud de don Gatillo y Mostacho–, una lluviosa noche de abril tuvo el honor de despachar a la Isla de las Piñas el bienaventurado animal que fuera nuestra cena, aquel que oficiara de sustancia en la grandiosa comilona.

Calígula y Nerón, unos canguros grises con pecas fucsia en orejas, patas y colas... ¡Marsupiales dedicados de lleno a su negocio! Gemelos que escépticos se veían saltar en las altiplanicies de Tasmania, sobre caudalosas quebradas, a través de los peñascos más agudos; superando trampas de arena,

huevos de aves corredoras y lentas. Ellos, que a diario solían valerse únicamente de una extremidad tratando de esquivar jardines y huertos, eligieron un ejemplar de entre sus rediles en Roma: pueblito construido con heno multicolor en las estribaciones del monte Ossa. Fueron ellos quienes enviaron por el sistema de exportaciones Supermail, desde la lejana Oceanía, tres imponentes heladeros en forma de pirámide. No solo con mi comida, sino con la de tantos otros dignatarios de novelas, poesías y cuentos, que, sin alternativa distinta a sucumbir en la ideal gastronomía –en la revelada gracias a lo delgado de las paredes internas de la imaginación–, decidieran perderse, momentáneamente, en el aroma y sabor de mis magnéticas líneas.

CAPÍTULO XIII

EMBAJADORES DE LO SUBJETIVO

Partidarios: la insigne retórica de mis ilustrados cortesanos erizó a la Nación toda. Los principios más liberales de la sinestesia determinaban qué se decía y qué no en la sin igual francachela.

Cien lenguajes muy blancos curioseaban desde sus inconfundibles usanzas literarias; estaban al tanto de las citeriores pretensiones de la prosopopeya; sabían de paradojas y sinécdoques que al detalle captaban lo que en mi egolatría pensaba.

La bucólica prosa que despuntó hace siglos en el Japón y la China, dentro del gran movimiento político-cultural que adoptara a la filantropía como estilo de vida; los versos de amor que nacieran en las playas del Caribe, de las nieves perpetuas de los Andes para dar verdadera luz al mundo de las letras; las leyendas arábicas que escribían acerca de héroes que peleaban a lomo de dromedario en las desérticas estepas de la Península para defender a la sapiencia local de los adelantos tecnológicos del estereotipado invasor. Mil y un mitos griegos; los del Báltico; tantos otros con cuna en Escandinavia y la India. Tradiciones de origen etíope, británico e ibérico, que tenían paradigmas ontológicos propios, que rendían culto a sus análogas deidades. Un universo de narraciones llegadas desde los cuatro puntos cardinales de la tierra; del gélido ayer, del grácil presente, de lo casual del futuro; incluso procedentes de otros oxigenados planetas, aquella noche, con la venia de sus progenitores, durante horas conferenciaron cual hermanos de sangre en el marco del coloquio intitulado de común acuerdo *Para el bien decir*. Controversia que alucinado, yo mismo moderé.

–Damas y caballeros, perfectos soñadores que nunca duermen: Ustedes con una fiel transcripción al papel de cuantas divagaciones mentales experimentamos, consiguieron hacerse de la esencia primera del cosmos.

La Idea que es el comienzo, también el fin de las cosas, de secretos frente a sus entendimientos no conoce.

Caudillos de la erudición, próceres del aforismo último que junto a las omnipotencias mora aún sin despertar en tantas psiques: Solazamos la existencia de muchos con nuestras obras. Gracias a la incondicional subvención del hado, hemos hecho de la palabra el axiomático don que en exclusividad nos concierne como embajadores de lo subjetivo.

Amigos y amigas: Contando con el favor dogmático e infalible del Cielo, seguiremos escribiendo. Porque así sea, ya sabiendo que no puede ser de otro modo, propongo un brindis. Disolvamos de esta forma la conferencia que hoy nos reunió. Levantemos nuestros cálices: “Por la imaginación, para que no se pierda en lo simplón del día a día”. ¡Salud! –grité con todas mis fuerzas.
– ¡Salud!, ¡salud!, ¡salud!... –se escuchó por doquier en el Capitolio del Mesozoico; entre abrazos y risas los no invitados respondían.

CAPÍTULO XIV

ADICTO A LAS PARÁBOLAS

Mientras bebíamos un delicioso jugo de piña, aquel que con las eternamente frescas frutas de la isla hiciera Perséfone (la siempre primaveral), iban y venían los apretones de mano. Los cumplidos más sinceros enaltecían las virtudes de las mujeres y los hombres que prodigaran a la onomatopeya mística la voz de sus almas.

–Maestro, fue el mayor de los gustos haberlo conocido. Suerte en su largo viaje –solo esas palabras profirió la enigmática señora de sicodélicas gafas, nariz de payaso, y fúnebre manto color azabache que incansablemente estuvo a mi izquierda.

Y reinó el silencio...

–Colega, me asalta una duda... Explícame qué oculto significado tiene para ti un castillo de galletas y fresas. ¿Para qué lo buscas si en la despensa que está a unos pocos pasos de aquí, puedes encontrar lo que se te pegue en gana? –era el interrogante de un suspicaz muchacho de ojos rasgados, que esperaba algún comentario de tipo filosófico o quizás una razón metafísica de mi parte.

–Cofrade del Oriente: soy adicto a las parábolas, a sus insurrectos códigos de redacción; me extasía como nada hacer apología de lo abstruso con base en lo que es obvio y viceversa. Según la inspiración lo disponga, escribo acerca de los secretos de mi aliento; si es el caso, para defender la tragedia de los caracteres que flotan en el éter.

Tao, para que puedas partir a China, al reino de tus ancestros sin preocuparte por cómo he eludido el entresijo que me plantearas: ¡Toma!, es una copia de mi libro. Por favor, mantén bajo total reserva el nombre del mismo; oye, ni siquiera me lo digas a mí...es que cualquiera podría escucharlo. ¡Ah!, no te vayas a extrañar si a medida que lo lees las palabras cambian. Suele suceder. Cuando se escribe en primera persona, desde las propias hondonadas de la ficción, decir que todo es susceptible a ser interpretado no basta, no es suficiente para detallar un sueño hecho realidad –así le respondí al joven de albas túnicas.

El conspicuo sacerdote de P'an-Ku, recibió la obra que hiciera aparecer al chasquear los dedos, luego la guardó con ternura en su pecho; se despidió de mí agitando la mano derecha, para entonces apresurarse a montar el bravo dragón de caléndula que al arribar parqueara junto al gigantesco Justiciero de

Hojalata.

–Sagrada Merced del Superior Ingenio: ¡excelente historia!

Diego: ¡Cuán envolventes diálogos ideaste para restituir a los dioses por su auxilio! La escenografía es soberbia; los gestos de cada uno de los personajes de tu trama se me antojan tan, pero tan naturales. ¡Qué rigor conceptual demostraste al combinar los artísticos borroneos de la síntesis dialéctica con lo absoluto del ethos existencial de estos seres fantásticos! –declaró Meteoro ante el auditorio todavía completo.

Lógicamente, siendo presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Cuento, el erudito búho tenía que participar de mi iniciativa discursiva.

– ¡Qué bueno que haya podido asistir, señor Presidente! Cuando le recomendé acompañarnos a esta velada didáctica, estaba seguro que sería de su agrado; menos mal que Monedita supo darle mi recado –sinteticé, para que el plumado levantara vuelo.

Es que a la mañana siguiente, debía ser jurado de premiación en la tradicional función de grado de las diez y treinta; entonces a realizarse, ante la inesperada ausencia de Adonis, en una embarcación de nombre Troya. Sí, quizás otros novios pudieran llegar.

Y para no alargarme más en pormenores, los que de todas formas serían insuficientes hablando de las reales magnitudes de lo sucedido. Les digo que los otros compinches de esta abstracción extática, se evaporaron uno a uno de la dimensión de la hipótesis para retornar a sus respectivos mundos de tinta. Muchos de ellos, sin siquiera despedirse, fueron raptados súbitamente por las todopoderosas fuerzas de sus escritos. Solo años después volvería a verlos, ya no dentro de las rápidas páginas de la desintegración corpórea, sino en distintos cafés parisinos. Allí sí serían analizadas minuciosamente, para el ideal porvenir de la grandilocuencia, las logradas intervenciones que tuvieran lugar en el Salón de las Carnes del Capitolio del Mesozoico, aquella noche de engreída luna llena.

CAPÍTULO XV

VIAJERO SIN RUMBO

De lo más abrupto del caos que con mano firme sabe gobernar la risa, aún con ese inconfundible olor a nuevo en sus atavíos, llegó un ratoncito para pararse en mi hombro derecho. Apareció de la nada porque así lo quise, se habría presentado también de no quererlo.

El roedor de chaqueta y mocasines negros, terciaba en la espalda un tambor de guerra. Firme, con un brillante manuscrito debajo de cada brazo, miraba al frente sin casi parpadear.

Fue algo en verdad inesperado para mí, en todo caso tenía que haber sido. Sí, el animalito de rizadas pestañas, diría algo realmente importante. ¡Cuántas cosas me vería obligado a replantear luego!

Doña Deméter, Perséfone y los dos pumas, dormían en sus respectivas sillas; ya ninguna nota escuchaba de Player. Sandra, por quien escribiera hasta la última de las comas que aquí leen, con un beso me acariciaba el alma.

–Amor... ¿Quién es? –preguntó mi niña.

–Un amigo... ¡Creo! Todavía no lo sé –contesté sonriendo.

En eso, sin atender a ninguna pauta musical, el ratoncito empezó a golpear el tamiz; utilizando como baquetas los pequeños documentos que llevaba consigo, provocaba estrepitosos ruidos.

–Señorita, don Diego, tengan ustedes buenas noches. Por favor, disculpen la bulla: debía anunciar mi arribo a estas latitudes. Les suplico me entiendan. Mi nombre es Juanito, estoy para servirles –se presentaba el diminuto personaje.

–Con que... ¿Juanito? No recuerdo haber creado a ningún Juanito –apunté.

–Claro que lo hiciste. Verás, soy el protagonista de otra historia, de una que pronto te hará mundialmente famoso. Exacto, si así lo quieres, vengo del futuro. Pertenezco a una novela hoy no escrita –confesó el majito roedor.

–Es algo apasionante. Ah... ¿Qué edad tienes? Pareces de tres, quizá de cuatro días –inferí en medio de carcajadas.

–Soy un poco más viejito –declaró Juanito atacado de la risa.

–Cuéntanos, Juanito: ¿Cómo hiciste para viajar en el tiempo? –indagó Sandra.

–Haber, uhhh... Seguro han escuchado hablar de máquinas en las que se puede ir al pasado, ¿verdad? De automóviles que gracias a sus supersónicas velocidades logran dejar los siglos atrás. ¡Sí!, en tus obras del mañana, aquel es uno de los temas que principalmente tratas. Diego, los personajes de

nuestras aventuras pendientes, entre tantas otras hazañas: dialogarán ampliamente con Platón, se apropiarán del método dialéctico mientras buscan el absoluto de las cosas junto al propio padre de la Academia. La lógica Aristotélica, esas normas indispensables para dar un orden racional al pensamiento, de boca misma del primer peripatético se nos expondrán en detalle. El gran Sócrates, ese que tanto admiras, caminará junto a Hégel y San Agustín por las angostas calles de Quipile.

El parque central del pueblito en el que trascurrieran tus años de colegio, será testigo de cómo concluyen muchos particulares dilemas, buena parte del lioso rumbo de tu vida intelectual. Todo será superior –atinadísimo, recitó Juanito.

– ¡Por supuesto! ¡Ya entiendo! Yo mismo redacté lo que acabas de contarnos. No hay duda, estamos conversando en el Salón de las Carnes del Capitolio del Mesozoico, porque quiero evitar cualquier insolvencia literaria antes de que tenga lugar en esta obra. Gracias Diego del futuro: en serio, entendí perfectamente tu consejo.

Ratoncito de chaqueta y mocasines negros, ¡Misión cumplida! Sigue a la mesa, en esa flamenquilla de la esquina está un delicioso queso holandés aguardando por ti –exclamé.

–Diego: jamás dejarás de sorprenderme. Es cierto, a eso vine. Gracias por lo del queso; créeme, no lo esperaba. Sin embargo... ¡Ten!, por si las moscas: es una completa recopilación de las instrucciones que próximamente me darás. Las que están con letra azul son... ¡Mejor olvídale! –dijo Juanito, para después de entregarme los valiosos pliegos, saltar con vehemencia al suelo en busca de su merecida recompensa.

CAPÍTULO XVI

LA OTRA CARA DEL CAPITOLIO

El instintivo paseante del tiempo, no solo acabó con lo suyo, con lo que se le sirvió en principio; tan pronto don Gatillo volvió a escena, le solicitaba otra rebanada. Una y otra vez vació la loza; sin miramientos, Juanito engulló el queso de la provincia entera.

Pero... ¡Cómo juzgarlo! Lo intuyo: La última tarea realizada por el animalito de rizadas pestañas, tuvo que haber sido ciertamente engorrosa. Quizá hace una semana no pasaba bocado. Tal vez tuvo que huir a alguna región muy árida para librarse de la muerte.

Sudamérica...Olía a cobre por doquier.

Allá, en el desierto de Atacama; apenas unas horas atrás; escondiéndose entre las rojizas peñas, burlaba al Ejército Realista que como fuera quería matarle. España exigía poner fin a la leyenda del Misterioso Tambor Araucano; de no haber sido por el relámpago que raptó a Juanito, la más preciada joya del valiente pueblo indígena, hoy estaría expuesta en un museo de Madrid.

Despertaron Mostacho y las dos damas griegas; Player, más ágil que nunca, volvía en sí para robarse todas las miradas. El caricaturesco gramófono, ese de nariz prominente y orejas de luchador, el que había sido hecho de distintas aleaciones, fabricado con neodimio y cobalto, con lantano y fósforo; aquel curioso gramófono que en la subasta del circo adquiriera, sin dejar de hacer malabares con el balón de fútbol, cantaba ahora en español, cantaba rock a petición del influenciabile público.

Mi niña, quien llevaba puestos unos primorosos jeans color crema, y una sencilla, aunque no menos elegante camiseta café, alcanzándome un gran vaso de jugo de piña, manifestó tener mucho sueño.

–Amor, ¿dónde puedo dormir un poco? –bostezando, me preguntaba.

–Linda, este Capitolio del Mesozoico fue soñado para albergarnos el tiempo que creyéramos necesario; naturalmente, con todo el confort que tú y yo merecemos al ser los protagonistas de la novela. Está concebido en función de nuestro inmenso salón de recepciones... ¡Cierto!, pero es mucho más que eso.

Preciosa, estoy convencido de ello... En el cuarto, quinto y sexto piso, están las suites más confortables de cualquier mundo, las que jamás pluma alguna creara –con el orgullo que solo siente un padre por su hijo, tal cual, dije.

–He hablado bastante con doña Deméter, ella me cuenta que junto a Perséfone

habitan la segunda planta de la mansión. Que don Gatillo y Mostacho viven en la tercera, y que Player rara vez se mueve de su vetusta esquina en el Salón de las Carnes. Del resto del castillo, la diosa de las cosechas afirma no conocer absolutamente nada.

–Diego: ¿Qué hay en los otros pisos? –ni siquiera con un tris de sueño, intrigada, Sandra consultó.

–Linda: ¡Descubrámoslo! –tomándola de la mano, señalé las escaleras.

CAPÍTULO XVII

IMPERIOSO ANTAGONISMO

– ¡Esperen! –gritó Perséfone.

El alarido dado por la siempre primaveral joven, instantáneamente hizo que soltara mi cáliz. Carísimos: los trocitos de bambú, casi convertidos en polvo, hechos soplo, desaparecieron en el aire. Sí, no hubo rastro de ese accidente; las gotas de jugo que caían con dirección a la alfombra, antes de tocar suelo, también se desvanecieron como por arte de magia.

–Perséfone, ¿sucede algo? –me atreví a preguntar, luego del tremendísimo baladro.

En eso, cuando todos observábamos a la temblorosa muchacha, una voz de ultratumba nos destrozó los tímpanos; incluso en lo más recóndito de la Isla de las Piñas, en cuanta letra garabateara para maquinar esta historia, retumbó: “Diegooo... Diegooo... ¡Escúchame muy bien! Escúchame, porque te lo advertiré solo una vez. Sigue el camino ya trazado, continúa buscando tu dichoso castillo de galletas y fresas. Oye, ja, ja, ja... –reía–, deja de creer que puedes hacer lo que apetezcas en los sueños. No en uno que es fruto de infinidad de mutaciones retóricas. ¡Acéptalo!, acéptalo escritor novato, hay límites que aún desconoces. Sobra decírtelo: ¡ni se te ocurra poner un pie en el cuarto piso!”.

Frenético sermón: así concluías. De inmediato, quise examinar los pergaminos que Juanito trajera desde el futuro. En ellos, después de haber analizado entre línea y línea; no obstante revisar en detalle las letras rojas, así mismo las azules, nada hallé respecto al infernal consejo: “Ni se te ocurra...”.

Sin pronunciar palabra, saltando, los desconcertados pumas fueron a abrazarme; calladas, doña Deméter y Perséfone se acercaron hasta donde estábamos mi niña y yo. La diosa de las cosechas, asustada como nunca antes, temiendo lo peor, le obsequió a Sandra un medallón: un estuche de diamantes que guardaba dos fotografías mías. A su vez, Perséfone, llorando desconsolada, decidía entregarme una pintura, aquella en la que junto al amor de mi vida, posaba victorioso en la cima de enormes torres de galletas y fresas. Por supuesto, empuñaba bruñida daga en la mano derecha.

– ¡Ya!, tranquilícense. Lo admito, al igual que a ustedes, a mi esa voz me intimidó un tanto. Amigos, amigos de poca fe, ¿hace falta volver sobre lo mismo? Recuerden: ¡fui yo quien ideó este lío! Voy a subir, y no solo al cuarto

piso. Aprovechando el particular momento, visitaré a la ciudad que hoy cimientan las Inagotables Nubes. Es mi novela. ¡Qué tal! –disgustadísimo, denuncié mientras devolvía los triviales recordatorios.

Nada se me informó acerca de sus umbrosos rostros; nadie pudo prevenirme, nadie lo hizo. Mi niña y yo, confiados en el poder altísimo de los derechos de autor; listos para emprender la caza de nuevas aventuras, aunque temblando, subíamos por las oscuras escaleras.

Destacadas damas, distinguidos caballeros: lentamente conseguimos remontar muchos tétricos escalones. Con ayuda de dos ochentonas lámparas de aceite – gracias al irrestricto compromiso de Player frente a la última causa literaria–, en cuestión de minutos logramos adentrarnos, cada vez más, en el equívoco universo de lo dizque absurdo.

CAPÍTULO XVIII

LEGISLADORES DE FUEGO

Dos tramos y medio de la escalera de caracol quedaban atrás; coloreados de pasado bullían los tres primeros pisos.

Profanos brillos, realidades individuales distintas del “yo”, Suprema Idea en mí revelada para postín de lo que sí es diáfano. Tú, original abundancia venida de menos a más, en éstos, los poéticos tiempos del quijotismo biónico: ahí estabas; esperabas al destino, creíste hallarlo en la densa niebla.

Insondable “Otreidad”, demonio de mil cabezas. Dueña de una existencia que es solo suya, que es suya y de nadie más, se apoderaba de mi alma; la naturaleza animada de un tajo se hacía de mi alma para devolverle su gloria.

Conciencia de lo sobrenatural: tú, también radical forma de subjetivismo, prorrumpiste con la frente en alto, no seguirías siendo apenas lo que ven nuestros muertos ojos.

Siempre inacabado, eternamente presto a la crítica que duerme y cincela; atado de pies y manos a esa maldición que cincela y duerme queriendo jamás despertar, te abalanzaste sobre la inspiración. Objetivo, aunque dinámico, el Idealismo en su entelequia bordaba poesía.

Vericuetos del lenguaje... ¿Cómo explicarlo? Épico o lírico el misterio, cadencia no faltó. “Ocurrente”, singularmente ocurrente, poseído, habló:

– ¡Subiste!... Osaste subir a sabiendas de los riesgos que aquello acarrearía, pues bien, asume las consecuencias de tan terca decisión; combate contra lo “Otro”, enfréntate a los Legisladores de Fuego –dijo uno de ellos.

Amorfos, envueltos en llamas; siendo todos a la vez un calmado y abrazador fuego, se manifestaron siete reyes, señores de igual número de esferas del delirio. Afirmar la existencia del mundo, negar cuanto habita en él para desde la contradicción de los antónimos dar a luz a necesarias refacciones... Esa, escasamente ésa era la misión que alguien, en algún tiempo, encomendara al buen juicio de los fogosos parlamentarios.

Dinosaurios voladores, acuáticos y terrestres poblaron la tierra. Cuando la Era Mesozoica amparaba a los períodos Triásico, Jurásico y Cretácico, de las aún hirvientes entrañas de nuestro planeta, emergieron los sentimientos. Siete, esos que se sabían a sí mismos más próximos al llanto, en tanto a la risa del ser humano, tras reunirse durante dos o tres horas, decidirían levantar una poderosa edificación. Colmado de magnánimas expectativas, de desnudas

ambiciones, brotó el Capitolio del Mesozoico.

Ya estaba el lugar de encuentro, las asambleas legislativas se efectuarían a diario. Muchos, muchísimos serían los temas a tratar. El Amor, la Ira, el Odio, la Tristeza, la Envidia y el Miedo, presididos por la Fe, luego de sabios discernimientos, de común acuerdo publicarían sus máximas.

Bienaventurados apotegmas: sin excepción nos exhortaron a tomar distancia de lo servil y maquinal.

¡Qué tiempos aquellos! Nostálgica, la humanidad ahora demandaba mayor compromiso de los dioses para con la efectiva consecución de los sueños que le desvelaban; el Cielo escuchaba atento, perentoriamente decretó el envío de siete ángeles a la atosigada creación.

Pese a las perpetuas plegarias, a los incalculables rezos que exigían soluciones milagrosas, revivieron en mis abonadas páginas los Legisladores de Fuego.

CAPÍTULO XIX

SOLO LA VERDAD

A cada instante, tus ojos, en descansada implosión de tonos cafés, opinan que mis sueños no serán más inertes márgenes. Las superfluas ideas reveladas, las que jamás cobraran forma visible al duro corazón humano, dan paso al relámpago hacedor de estados mentales desconocidos. Entre suspiros ellos aguardan, contiguos esperan por las esferas que añoro transitar a perpetuidad. Piadosas poesías anuncian los tiempos de la perfección, sus vaticinios pasan cual centellas. Con cada segundo extinto considero que la verdad se hace realmente mía; lo absoluto conspira a favor de la felicidad que primero es nuestra.

¿Sabes cómo soñar?
Un sueño es alegría;
camina mientras duermes,
no llores, es de día.
Luz: sueles esconderte en la noche fría.
Amor, Vivo Fuego, tú: ¡enciende la rima!

Otra vez estaba en la escena que me enfrentaba a los Legisladores de Fuego...
Combativo Instinto: de un lado a otro sacudías mi cabeza para hacerme volver al momento.

–Volátil lumbre: eres pura ira. Dime, ¿por qué hablas por los demás? –le increpé.

–Verás, seré franco contigo. Lo efectivo es que ahora soy yo quien decanta el poder de lo psíquico; ya no son los tiempos de la fe. El amor, su soberanía, ha dejado de ser incuestionable en la tierra –dijo.

– ¿Podrías explicarnos qué sucedió? –preguntó mi niña con vehemencia.

– ¡Cálmese señorita!, mire que la ira nunca es sana consejera. Sencillo, están exhaustos. Hace años que los otros Legisladores de Fuego ni siquiera desean opinar en las matutinas asambleas; cierto o no, creen haberlo dicho todo en el pasado –reveló la entonces presidenta del ala oscura del Capitolio.

–Ira: ¿por qué tus colegas dimitieron? –aprovechando que se mostraba con ganas de conversar, curioseé.

–Mira... Diego: Azulita, don Mostacho, Gatillo, Monedita y las otras aves;

Adonis, Juanito; esta selva de tinta toda, incluso doña Deméter y Perséfone, los demás, son personajes de tu novela, actúan o dejan de actuar si la rápida pluma que portas en ese chaleco así se los exige. Correcto, pero estás loco pensando que ocurre lo mismo con nosotros. Te recuerdo que procedemos de la verdad misma. Los sentimientos somos amos y señores de nuestros destinos; sí, de un modo u otro las vidas de los hombres nos pertenecen.

Hecha esa aclaración, puedo responderte. No es que hayan renunciado a sus trascendentales cargos... No, aquello es algo que solo podría sugerir el propio Dios. Lamentablemente, para desgracia del cosmos... el Amor, el Odio, la Tristeza, la Envidia, el Miedo, aún la rugosa Fe, carecen de cordura debido a la excesiva demanda del Planeta Azul.

Oye, las mujeres y los hombres que pueblan la tierra, sufren tanto a causa de sus cotidianos proceder es idiotas –resumía la Ira.

–Antes que nada, te corrijo. Los pumas que habitan la tercera planta del Capitolio del Mesozoico, son don Gatillo y Mostacho, no don Mostacho y Gatillo, tenlo presente. En cuanto a la última aseveración que hiciste, aunque estamos de acuerdo en lo fundamental, considero que podrías ser menos dura. Digo... la inmensa mayoría de la humanidad se comporta de forma tonta porque está enamorada, es allí cuando abandona la razón. Las iras, los odios, las tristezas, las envidias, los miedos, comúnmente nacen del sentimiento que suele representarse con un corazón; es él quien nos hace dejar de mirar a lo divino para depositar cualquiera fe en la carne. ¡Reflexiona!, de lo contrario no seríamos más que piedras parlantes. Sí, personalmente prefiero sufrir por amor. Jamás viviré enajenado, sujeto, en función de cosas extrañas a este valiente palpitar –dije, con la mano derecha en el pecho.

–Don Gatillo y Mostacho: Unos gatos que cocinan dinosaurios... ‘Interesante’. Diego, exclusivamente he debido cargar con las consecuencias de la irracional conducta de los moradores del orbe. Solo yo... ¡yo!, ¡yo!, ¡yo, maltratada Ira! Siempre he estado ahí, acompañándolos en aquellos minutos más arduos. ¿Me comprendes? –habló, casi lloraba.

–Señora Ira, tenga paciencia, confíe en el saber supremo de estas páginas. Cuéntenos, ¿cómo podemos ayudarle? –preguntó Sandra a la humanoide zarza ardiente.

–Jóvenes, no es tan fácil, esto es literatura. Sí, lo acepto: Diego, paso a paso construiste una trama excelente, capaz de sorprender a cada instante. Maestro, pero al fin y al cabo estamos hablando solo de eso... de letras incrustadas en el papel, de tu ingenio para hacer novelas –puntualizó la distraída Ira.

–Contéstame: ¿Por qué crees que el Capitolio del Mesozoico resultó ser el centro de mi historia? Acaso, ¿piensas que todo es fruto del azar, únicamente secuelas de la cadenciosa reunión de terminaciones de las que echara mano? Señora Ira, por favor, de entrada no renuncie a darme algún crédito, no si lo merezco –plenamente consciente de lo que apuntaba, solicité.

– ¿Qué quieres decir? –llena de ansias, ansiosa de acceder a las otrora imposibles exactitudes existenciales de los de su especie –los sentimientos–, interpeló la Ira.

–Simple, te digo que no por casualidad ahora hablas conmigo. Esta reunión también es parte de mi plan para alcanzar las metas más altas, en lo que a sinestesia, a retórica respecta. Claro, aún mejor si logro ayudar a alguien.

Ira: Te felicito por seguir al frente del cañón, con tu decisión demuestras ser el más tenaz de los sentimientos. De los siete que piedra a piedra levantarán el Capitolio del Mesozoico, de entre todos, eres el único que sobrevive intacto. Seguro el Cielo está orgulloso de ti.

– ¡Oigan! ¡Sentimientos irresponsables! ¡Despierten ya! –grité fortísimo.

– ¿No ven que los necesitamos? Entiendan, por culpa de uno de ustedes, por culpa del amor en particular, es que nos vemos obligados a acudir a las alturas en busca de consuelo. Por eso es que suplicamos milagros al Reino Celestial. Somos humanos, no podemos continuar a la deriva. De seguir por la vida sin odios, tristezas, envidias, miedos, si es que no recobramos la fe, terminaremos por convertirnos en máquinas, en fríos autómatas. ¡Vuelvan de inmediato! ¡Aprendan de la Ira! – instó Sandra a las desconsideradas llamas.

CAPÍTULO XX

IDIOSINCRÁSICO

–Madre: Todavía, dadas las actuales circunstancias... quiero decir, tras haber meditado el histórico alcance de lo que tiene lugar en ese bendito Capitolio del Mesozoico, ¿confías en él? Pregunto porque la tarea parece complicarse en los umbrales del cuarto piso. Asísteme: ¿será capaz de soportar el embate de la paranoia? ¿Podrá conquistar la cima? –le preguntaba una jirafita de manchas azules y verdes, de chancas color fucsia y amarilla caperuza, a la desvelada Azulita.

–Mi amor, siempre confiaré en él; desconozco muchos pormenores de su hoy reinante empresa intelectual... pero sí, sabrá salir avante. ¿Cómo? No lo sé, quizás ésa sea la idea. Flor, lamentablemente yo tampoco lo sé. Vé a dormir, ya te lo había dicho: seguiremos leyendo cuando regreses de la escuela. Contestar los exámenes de los señores hipopótamos demanda gran cuidado; duerme que es un deber, un privilegio reservado por la educación para damitas tan listas, tan inteligentes como tú –besándola en la frente, Azulita otra vez deseó dulces sueños a su sagaz primogénita.

Optó por quedarse pescando salmos en las cristalinas aristas; mientras nuestra pequeña hacedora de exquisita literatura, dizque dormía profundamente, Azulita salvaba verdades del agua. A veces reía, en varias ocasiones no tuvo más opción que llorar al verse reflejada, cuán lejos de cualquier mágico consuelo. Muy preciados escuchas, señoras y señores que contemplan el caos hecho temeraria tinta: Los potenciales desenlaces de esto, sorprendieron incluso a la elegantísima señora jirafa.

Afuera, multiformes estrellas iluminaban el firmamento, eran azules y eran rojas. Las disímiles expectativas de los millones que descifrarán mi obra, altas, chocaban con rabia para hacerse forzosa luz.

Al tiempo, sin olvidarse de que a unos pocos kilómetros de allí era sorteado el destino de la creación toda, hallando inspiración en ello, Flor yacía boca arriba en un cómodo lecho rosa. Con la escueta pieza a medio encender, en su cabeza la ya escritora de cuentos infantiles pulía algunos punzantes parlamentos.

Día y noche, desde hacía seis meses, se había empeñado en caracterizar de forma detallada a un oso piloto de cometas y a su linda novia: una cigüeña con serios impedimentos conjeturales para traer hijos al mundo, para llevarlos de

aquí hasta allá.

Debido a lo que exigían mis vivas letras, radicalmente cambiaban los trazos dados por la entendida chiquilla. Los había pensado para ser creativos, con suma creatividad versarían sobre mí.

CAPÍTULO XXI

SENTIMENTALES DIÁLOGOS

Estando a solo dos metros de los Legisladores de Fuego –en frente del abismo–, hasta donde me encontraba llegaron las aflicciones y regodeos que obediente pariera la abstrusa prolijidad conceptual. Cada una de las unidades vitales de esta historia, ellas mancomunadamente, me proponían algo nuevo qué pensar, qué decir, qué hacer.

– ¡Amor!... ¿Qué tienes? ¿Estás bien? –se preocupaba mi niña, gritó al ver cómo de rodillas caía al suelo.

–Linda, estoy tan mareado, de repente me duele muchísimo la cabeza. Es insoportable –apenas levantándome, respondí.

– ¡Diegooo! ¡Resisteee! –exclamó el primer piso a una sola voz.

–Maestro: Eternamente las certezas son tuyas; a unos cuantos diálogos, durmiendo incauto, acecha el extremo septentrional de este batallado sueño. ¡Resiste! –apelando a sus perfeccionadas técnicas de control mental, socorrido por la telepatía más aguda, desde lo alto de un mango se solidarizaba el gran Meteoro.

Nadie en la pintura calló nada; lleno de expectativas me enfrenté al intestino mal genio, a la ira de los otros seis.

–Señora Envidia, don Miedo, doctor Amor, señorita Tristeza, señor Odio, elogiada Fe, con su venia. Sin ánimo de ofender... considero que dilucidan una estela equivocada; si es que el fin perseguido por ustedes, es a conciencia la paz... ¡Viren! ¡Cambien ya! Háganlo: miren hacia el frente, no cedan ni siquiera un ápice en su entendible afán.

Seguro, los sentimientos tienen derecho a la protesta pero, ¿por qué ser maniqueos? ¡Buenos y malos! Acaso, ¿aquello existe? ¿A quién pertenece la verdad absoluta? ¿Sobre qué hombros que no sean hueso reposa el orden fáctico del mundo? ¡Son humanos! ¿Entienden eso? Fracasan porque sí, fracasan porque no. Erramos por diversión. Incluso cuando el triunfo nos convoca, allá también mientras estamos suspensos besando la meta, fallamos. Ciegamente, es nuestra esencia. Vivir para errar, errar para poder vivir siendo humanos –fue la improvisada prédica que proferí.

–Claro, entendemos que no sean perfectos, sabemos que nosotros tampoco lo somos –por fin habló la Envidia.

–Doña Envidia, tenga cuidado con lo que afirma. Debería primero consultar al

grupo; antes de arriesgarse a emitir tan peligrosos comentarios, por favor, al menos eche un vistazo a su alrededor. Aquí estamos, prisioneros de la negra noche –dijo el señor Miedo.

–¡Por Dios! ¡Qué ideas más profundas! Ay, disculpen... ¡Qué pena!; cierto, ¿cómo pedirle peras al olmo? En serio, se me olvidaba que doña Envidia y don Miedo compraron la razón. ¡Tontos! –frenético, casi loco, comentaba el lastimoso Amor.

–Colegas: Diego reclama solo lo que es justo. ¡Despertemos! Piensen: ¿sería la vida sin problemas? –no supe quién había hablado.

Silencio sepulcral...

–¿Para qué vivir sin ilusiones? ¿Recuerdan cómo nos entreteníamos antes? Era divertidísimo modificar las máximas que rigen al ser humano.

En la tierra había innumerables contrariedades como para reír a cada instante, siempre nos sorprendió su talento a la hora de improvisar –se expresaba la Tristeza en mis páginas.

– ¡Los amo, los amo, los amo! –en esos términos se refería el Odio a los habitantes del Planeta Azul.

–Jamás volverán aquellos días. Legisladores de Fuego: Los hombres hace mucho encontraron mejores compañeros. Dejamos de auxiliarlos, automáticamente nos han olvidado –dubitativa, la Fe rompía el quórum.

–Fe: Corres por las venas de millones, eres la roja sangre que nos anima a emprender aventuras como esta. Te lo digo yo, aquí me ves... nunca hubiera imaginado pisar las hondonadas del verbo, no sin ti –cansado de permanecer neutral, ya entumecido a un costado de la escalera, intervine en el excepcional debate.

–Excelente, Diego: invítalos a conciliar; ellos necesitan un líder, alguien capaz de hablarles al corazón. Mira que esperan por tus consejos... de a poco intuyen que son estas letras las que pudieran modificar el texto final, sus respectivos testamentos –acertadísima, brillante, buscando siguiéramos la marcha hacia el colofón del libro, susurró Sandra a mi oído.

–Damas, caballeros: Elijamos al presidente del Capitolio del Mesozoico para los próximos... ¿diez años? ¡Menos! ¡Más! ¡Vamos, opinen libremente! En los papelitos que Sandra les va a entregar, si es que quieren conservar el secreto, escriban cuál es su preferido o preferida, el número de años que deberá ejercer el mando –dije.

Mi niña procedió a darle a cada uno de los Legisladores de Fuego, un pedacito de aquella libreta color naranja que comprara en una papelería antes

de zarpar.

Al cabo de cinco eternos segundos, por fin estuvo lista la respuesta; sobre los longevos barandales de la derecha, siete trocitos azules esperaban ser diferenciados. Con las uñas se había plasmado el nombre de una esperanza.

Pasó otro rato para que Sandra y yo tuviéramos un veredicto. No es que la contienda hubiera estado muy disputada; quedamos sorprendidos con lo que a vivo fuego anotaran los presidenciables.

– ¿Esto es factible? –pregunté a la reunión.

– ¿Cómo? ¡Explíquennos! –siguió Sandra.

–Es lo más sabio que podemos solicitar. Aprovechando que yacemos inmersos en tus magnéticas líneas; a sabiendas de que Dios así lo quiso, queremos pedirte que invites al Capitolio del Mesozoico a la majestuosa Paz. Sería ideal que ella ocupara la presidencia, que lo hiciera a perpetuidad. Diego, imagínala aquí, eso será suficiente –al unísono, dijeron la señora Envidia, don Miedo, el doctor Amor, la señorita Tristeza, el señor Odio, la elogiada Fe y la Ira.

–Si es lo que han decidido, si no hay nada más que decir. Paz: por favor... ¡Hazte visible entre nosotros! –pedí al Cielo.

Y funcionó... Era pura luz, era la luz más pura. Desde entonces, la Paz mediaría en los conflictos que aburrían a los sentimientos establecidos en el Capitolio del Mesozoico. La lección era una sola. La Envidia, el Miedo, el Amor, la Tristeza, el Odio, la Fe, la Ira, todos, aprendieron que vivir es sortear momentos difíciles, escapar del venenoso influjo de los extremos sensitivos para ser armonía.

CAPÍTULO XXII

SOBRENATURAL

Superado el cuarto piso, fuimos por el quinto; perturbados, sonreíamos sin parar. Ahora sobraban las lámparas que iluminaran nuestros pasos. Sí, sus servicios se tornaron nulos en aquellas renacientes escaleras, superfluos eran para el Capitolio del Mesozoico que con los primeros rayos de sol resucitaba.

– ¡Suban! –gritaron desde arriba.

Amanecía, sutilmente lo desconocido nos tentaba; esta vez una dulce voz decidía llamarnos.

Tomados de la mano, de nuevo íbamos mi niña y yo...

Mirando a través de los enormes ventanales, pudimos ver cómo de las tranquilas aguas del gran río Lapislázuli emergían tres leones con piel de oveja, un fabuloso hombrecito todo vestido de gris, dos cuadrúpedos buzos llamados Prince y Lassie. Lo que pensara, cualquier cosa, afuera y en mis narices cobraba curiosas formas tangibles.

Fue sencillamente sobrenatural el camino que embelesados recorrimos para acceder a la quinta planta del Capitolio; la legendaria cruzada estuvo llena de endriagos y trastornados colores... ¡Cuántos absurdos capaces de ser ciertos por el recargado poder de las letras!

– ¡Te amo! –abracé a mi niña y le dije.

–No más que yo a ti –respondió dándome un prolongado beso.

Empezó a oírse una hermosísima canción; próximas, de los Jardines Celestiales desprendían ligeras tonadas. Sí, las renacentistas puertas del Teatro de las Inagotables Nubes, abrieron de un afónico golpe. Flor, tras consultarles a los profesores hipopótamos, había decidido inmiscuirse junto a sus compañeritos de clase en el tributo final. Además de los talentosos delfines y chimpancés, convocó a su mamá, a Meteoro, a Juanito, al sacerdote Tao –que montaba su bravo dragón de caléndula–, a Monedita, al científico Fosforín, también a don Gatillo, al joven Mostacho, a doña Deméter y a Perséfone para que con una particular fiesta despidieran del ensueño al creador de tan fascinante idea, a su linda e inteligente novia.

–Maestro, bienvenido al éxtasis. Aquí concluye la novela que nos cuenta entre sus protagonistas. Los demás le mandan decir que es un escritor excelente, discúlpalos por no venir ¿Recuerdas?... ¡Combaten en futuras historias tuyas! Pero bien, estamos nosotros en representación de El País del Prisma –dijo

Flor.

–Flor, quedaré eternamente agradecido contigo. ¡Le inyectas tanto entusiasmo a mis apreciaciones! ¡Me encanta que vayas más allá de lo que está escrito! Ven, regálame un abrazo –dije, de corazón la consideraba el mejor ejemplo que los adeptos del sueño consciente pudieran seguir.

–Diego, tú hiciste que escribiera esto. Sabes, aún recuerdo ese verso:

“Los átomos concurren a la bolsa del artista,
las pizcas de cosmos zozobran en su altar;
se bañan en cadencia los bocetos que al instante,
proyectan la otra cara del genio en su mirar”.

No puedo creerlo; sé que es verdad pero, en serio, todavía no puedo creerlo. Hacedor, ídolo de masas: He preparado varias sorpresas para ti, espero agraden a quien con sus líneas tallara mi alma –notificó Flor entre sollozos.

Carísimos lectores: El tridimensional azul del cielo conmovió a la preferida audiencia, kilómetros de maleables nubes ambientaban aquel mágico soplo. Recuerdo que había orquídeas tropicales y tulipanes papagayos por doquier. Arriba el suelo era sugestivo... ¡Cuánto más en primavera!

Recorríamos intrincados laberintos hechos de fluorita, delante de nosotros la pequeña jirafa señalaba el camino; al otro lado del cristal pasaba el porvenir.

–Señoras y señores: Lo que ven... únicamente puede resultar luego de años de metódica lectura; esto, también lo que hay más allá, solo sería posible después de perderme en muchos extraños bosquejos... ¡Consideren ustedes!

Diego: Durante meses he escrito con un sencillo propósito. Mi prosa y mis versos hablan de ti. Tú escribiste: “Es que el País de las Fantasías advierte lo cercano de nuestro vuelo, en las nubes más profundas se celebra esta unión perfecta. Descansarán entre los seres del mito, en medio del azul obsequiado por los dioses, las cautivas ambiciones de dos almas que, atrapadas por las tonalidades del arco iris, aún perdidas en un beso, renuncian a la libertad de los hombres para hacerse de los privilegios del espejismo eterno”. Pues bien, ahí lo tienes... es tuyo, es de Sandra –subrayó la jirafita de manchas azules y verdes.

–Flor: gracias, mil gracias –dije, empapado en llanto, admiraba la entereza, el detalle con que perfilara el dibujo absoluto.

–Mamá, don Gatillo, Mostacho: menos mal, menos mal que subimos. De no haber atendido el ofrecimiento de Flor, estaría leyendo mitología griega; escribiría acerca de Zeus, quizá de Hades. Por fortuna no gasté tinta en el despiadado hijo de Cronos y Rea, felizmente tampoco en el dios del cielo. El

Olimpo debe ser un montón de figuritas graciosas, la decadente reunión de ésas y éstos que no hallaran cabida en los manicomios helénicos. ¿Dioses? ¿Arte? ¡Esto sí es arte! –dijo Perséfone, miraba fijamente a doña Deméter, a los felinos que habitaban la tercera planta.

– ¿Así que también escribes? –le preguntó Sandra.

– ¡Claro que escribo! ¡Cómo no hacerlo cuando se ha leído El País del Prisma! Recuerdo tanto esa parte de “El Rito”:

“Con cada gota un guiño que desase el firmamento,
una estrella cae profética en el mar;

desnudas las formas del astro que se hundiera,
me entrego al desvelo del que no puede esperar.

La oscuridad es testigo del romance que envolviera,
al seductor brillo en las olas para amar”.

O aquel otro fragmento... “Elocuente, el velero absorbía las miradas de toda la jungla; predestinados para el júbilo íbamos rumbo a lo inenarrable. La escalera que descolgaba de unos barandales ya entrados en años, nos conducía a la cubierta principal”.

¡Cómo olvidar la página en que dijo!: “Cuatro tiburones que sobre una roca jugaban a las cartas, en señal de humildad se quitaron los sombreros de copa al notar nuestra presencia; es más, uno de ellos nadó hacia la embarcación de las mágicas velas para recrearnos con inextricables cabriolas. Giraba en el aire hasta marearnos, por sus piruetas dimensionábamos el palmarés del acróbata.

El calor del medio día ya no sofocaba; las cometas de nieve tallaban la atmósfera. En esa libreta de color naranja, en la que adquirieras en una papelería antes de zarpar, tomábamos registro de las fragancias de las plantas, del número de dientes de las fieras”. Diego... ¡Genial! –valiéndose de las memorables circunstancias, ya que mi niña preguntara, explicó Perséfone al ávido grupo.

Era increíble, ella también había leído El País del Prisma. Alguien muy astuto tuvo que hacerlo, alguien o algo repartió el libro a varios de mis personajes. Saben, cada vez considero más que fue de esa manera... Cuando divisé al sobrenatural Adonis, allá por los comienzos de esta historia, ya todos y cada uno de los actores conocía sus respectivos parlamentos. Estimados lectores: Se los digo sinceramente, yo no lo planeé así. Es que ni siquiera hubo respuestas en la información que Juanito trajera del futuro; repito, miré línea tras línea... ¡Nada encontré!

–En efecto, ellos nacieron aquí, se trata de una obra insólita, ciento por ciento original; este es un mundo autóctono, uno que consiguiera cautivarme con su vida propia. Me tienen desconcertado, volteo y están un paso delante de mí. Ustedes son únicos –pensé mientras me comía las uñas.

CAPÍTULO XXIII

FIEBRE

Había solo dos caminos, la religiosa jornada entonces advertía ese número de opciones; el cristal del laberinto se bifurcaba. Una arrugada bruja a la derecha, un ángel cano al otro lado, ambos nos llamaban. Allá, de hinojos sobre sendas pilas de antropomorfas calaveras, hacían señales con sus blanquecinas manos.

–El suspenso no debe acabar nunca. Diego, es un detalle para conservar la atención de los lectores más exigentes –en el preciso instante en que el miedo se hacía de mis ya sorprendidos ojos, sarcásticamente, habló Flor.

Aterrado, eché un vistazo al oscuro rostro de la anciana hechicera...

De ese negro y puntiagudo sombrero sacó una pipa, cansada de tanto trabajar en su enorme telar, fumaba para hacerle el quite a la cruel monotonía. Amigos: De improviso, proveniente de la boscosa isla de Eea, cubierta de pies a cabeza con un fúnebre manto color azabache, marchita de llorar durante décadas, aparecía en mi historia la legendaria Circe. A unos cuatro metros de ella, ininteligible, envuelto con níveas vendas cual si fuera momia, yacía inerte el caído ser alado. Solo se trataba de una de esas momias con alas (pensé).

–Hace ya cincuenta años que Odiseo la abandonó. ¡Cierto!: es una diosa. Ahí la ves... también envejece lejos de su pérfido amor.

El petulante gobernador de la isla de Ítaca, sigue recorriendo el orbe al mando de un poderoso navío, por docenas conquista damiselas en cada puerto al que arriba. La hija del titán Helios y la oceánide Perseis, ella sola, entre lágrimas debió criar a Latino, a Telégono y a Agrio; los bien parecidos héroes crecieron sin siquiera conocer a su padre –hipando, relató Flor.

– ¡Qué tragedia la de esa madre! –exclamó doña Deméter.

– ¡Sí!, lo ocurrido con esta mujer es muy triste –dijo Sandra.

–Eso que no he terminado de contarles, es aún peor. Los tres hombres murieron tratando de encontrar a su veleidoso progenitor, perdieron la vida en aguas del mar Jónico. Sí, como lo oyen, la pequeña embarcación en que se transportaban naufragó para perderse en el apesadumbrado fondo del océano. Algunos dicen que la maldición sobrevino gracias a las melodiosas voces de unas hermosas sirenas, otros señalan que se trató de un estrepitoso accidente provocado por el choque con una despistada ballena jorobada –declaró Flor.

– ¡Cuidado! ¡Miren! –gritó don Gatillo, con su hocico apuntaba al extremo

izquierdo de nuestra corpórea entelequia.

Ya no lo envolvían esas fuertes vendas, había abierto sus rabiosos ojos niebla, entonces caminaba con los brazos extendidos. Aquel encogido ángel, otrora casi muerto, haciendo rechinar esos amarillentos dientes con los que aún tengo pesadillas, decididamente iba por mí.

– ¿Qué quieres? –en repetidas ocasiones le increpé sin conseguir respuesta ninguna.

El tan solo hacía rechinar sus dientes. Con cada paso que daba veía mejor cómo de los pies del ‘celestial’ individuo, hirviendo, brotaba una espesa y bruna sangre.

Todos, incluso el brioso sacerdote Tao –quien brincara de su bravo dragón de caléndula–, corrieron a esconderse detrás de mí. Entrando en *shock*, también la apocada Flor se me prendía al cuello. Nadie quiso pronunciar palabra, hubo consenso en torno al pánico.

– ¡Qué páginas más generosas en emociones! Tu imaginación es formidable; ¡Sí!, en serio, tengo mucho miedo –parpadeando nerviosamente, elogiaba el concienzudo trabajo de Flor.

–Gracias maestro –azuzada por el inminente peligro, sin soltárseme del pescuezo, la honrada jirafita susurró a mi oído.

Y ahí estaba, podía escuchar los agudos latidos de su corazón; una cicatriz en forma de media luna le rompía la frente. Parecía necesitarme, con los ojos entreabiertos suplicaba auxilio; llorando asiduamente apelaba a las supremas potencialidades discursivas de El País del Prisma. Estiró su mano derecha hasta tocarme el hombro contrario, faltó poco para que un fulminante infarto diera al traste con todas y cada una de mis calculadas proposiciones finales.

–Tranquilo, no permitas que las apariencias te engañen –dijo el espantajo.

Sandra, con todas sus fuerzas, tras analizar que tal vez quisiera lastimarme, le atestó un certero puño en el hígado al dizque ángel. Aunque dolorido, el raro espectro reía de bruces en la florida alfombra, en ésa que el buen dios de las letras nos obsequiara.

–Este es nuestro sueño, no permitiré que interrumpas su normal desarrollo

–poniéndose de pie, mi niña le gritaba al sujeto en el suelo.

–Eres una mujer muy valiente –sonriendo, le dije (me sentía tan orgulloso).

Carísimos lectores, ustedes que gustan del sueño consciente, mujeres y hombres que sueñan sin dormir: Conseguía asustarme, de nuevo las circunstancias superaban a mi engreída imaginación. Él era el demonio en persona, a pesar de sus blancas alas logré reconocerlo.

–Parece que las criaturas que ahora veo pertenecen a los libros que más recientemente leyera. Sin lugar a dudas... ella es Circe, la hechicera que con mucho amor y un poco de alquimia conquistara el tenaz corazón de Odiseo. Sí, eso es lo que ocurre... Flor se ha asociado con mis últimas lecturas; lo que me intrigara en la tierra día y noche, aquellos personajes que justo antes de este viaje rondaran por mi mente, todos y cada uno de ellos, sin excepción merodean por aquí.

Así que también pensaste en lo importante que es la autonomía para esta historia... ¿cierto? Flor, ambos sabemos quién es él, ni tú ni yo estamos en capacidad de predecir qué sucederá cuando su maligno influjo entre en escena –con la mirada puesta en los insondables ojos de la sagaz jirafita, sentencié.
– ¡Él es el diablo, es Lucifer, el ángel caído! –aferrándose a mi cuello, en medio de gritos y lloriqueos, Flor confirmaba las sospechas.

CAPÍTULO FINAL

TEMPRANO EN LA MAÑANA

Cerré los ojos, por un momento pude ver el dulce final de esta historia...

Mi niña y yo éramos completamente felices; habíamos aprendido a soñar despiertos, todos nuestros sueños se hacían realidad.

Ese castillo de galletas y fresas nos resguardaría del frío, el frío insomnio se perdía en los crujientes muros de un sueño que no acabaría jamás.

–Diego, mi amor, ¿en qué piensas? –dándome un beso en la frente me decía mi niña.

–En ti, en nosotros –abrí los ojos, le contesté tomándola de las manos.

Pero... ¿qué hacía el diablo allí? ¿Por qué aquella desquiciada bruja lloraba desenfrenadamente en El País del Prisma? De pronto apareció de la nada una linda luciérnaga... fue a posarse sobre mi pecho. Pese a ser de día, alumbró lo suficiente como para ayudarme a comprender.

¡Claro!... Flor quería sorprenderme; ella sabía que había estado leyendo acerca de ángeles y demonios, su intención tenía que ser una sola. El último obstáculo a superar antes del encuentro con aquel dichoso castillo de galletas y fresas, sería esa ociosa costumbre que tenemos los seres humanos de dejarnos guiar por las apariencias.

Las letras nuevamente me invitaban a pensar en los detalles para otros insignificantes. Recordé que una intensa fiebre siempre me acompañaba cuando leía en mi cuarto. Volví a esos instantes de irrestricta soledad, aprecié la forma en que había sido escrito El País del Prisma.

Amigo, amiga: cada una de las letras del libro que ahora tienes en tus manos, es tinta gracias a mi particular interés por las ingeniosas ideas que en nuestras cabezas constantemente asaltan a la cordura. Si no hubiera hablado de Circe y de este ángel caído, mi historia solo sería otra cosa. Me explico, Lucifer y esa señora son para El País del Prisma, lo que es para la muerte la vida.

–Diego, hace mucho tiempo que Dios me expulsó del Paraíso por soberbio, hasta el día de hoy he estado condenado a vagar de susto en susto. Milenios han pasado sin que ya sea un ángel; las alas que ves en mi espalda no son más que mentiras, lo que por mi culpa no es sino en lo inoficioso del recuerdo. ¡Que no ocurra lo mismo contigo! Flor y yo planeamos esto para ayudarte, con seguridad lo hemos hecho. ¿Loco?, personalmente yo no creo que estés loco. Voy a darte un consejo:

“Escribe menos y sueña más, cuando escribas recuerda que la vida llega y se va. La vida es un sueño, un sueño que duerme para no acabar.

Vive según tus sueños más recurrentes, persíguelos solo si es que quieres alcanzarlos. Cuando estés allí, recuerda que se trata de un sueño, entonces vive sin despertar” –sentado en frente de la entrada izquierda del laberinto, dijo el malvado ángel.

–El oficio que se me ha encargado es muy sencillo, la idea es que te diga todo lo contrario a lo que apuntara mi amigo el diablo. Como lo oyes, si optas por el camino que está a mi espalda, serás infeliz el resto de tus días. El camino que está a tu derecha, éste que yo administro, conduce a cualquier lugar menos a ese castillo de galletas y fresas. Detrás de mí hay dudas, miedos y falsas certezas.

Maestro, no dudes, no tengas miedo, confía en lo que sientes; avanza por el sendero de la izquierda –dijo la escueta Circe.

– ¡Ni qué hablar! ¡Vamos que la felicidad nos pertenece! –grité.

Después de volar durante algunos minutos, luego de haber visto lo que bien ameritaría la redacción de muchos otros interesantes libros, doña Deméter, Perséfone, Azulita, Flor, Meteoro, Juanito, don Gatillo, Mostacho, el científico Fosforín, Monedita, el sacerdote Tao, mi niña y yo, descendimos del acomedido Tifón (el dragón de caléndula). Ahí estábamos... se veía mejor que en mis propios sueños.

Medía alrededor de mil metros de alto, era tan ancho como para ocupar todas las páginas de El País del Prisma. Efectivamente, estaba hecho de galletas y fresas. Las fresas más rojas y las galletas más ricas le daban forma.

Los delfines y chimpancés que aguardaban por nosotros, habían acatado las atinadas instrucciones que Flor les diera; con chispitas de colores e infinidad de gomas de mascar, delicadamente adornaron el castillo.

Lógico, no obstante el hambre que teníamos, era inadmisibile siquiera pensar en destruir una composición de semejantes magnitudes. Golpeé dos o tres veces en el portón principal... se escucharon varios silbidos provenientes de una de las ocho torres. Alguien abrió las puertas, seguimos para darnos cuenta que allí vivía el universo de lo terrenal, la verdad. Mi niña y yo dimos unos cuantos pasos más que el resto del grupo. De repente, estuvimos donde todo había empezado.

Ella y yo en mi alcoba, sentados en la cama; en mis manos un lápiz y una hoja en blanco. Nos miramos fijamente... ¡Con un beso nos dijimos tantas cosas! Escribir historias de amor ya no sería necesario.

Desde entonces siempre soñamos despiertos; a partir de aquel mágico despertar nuestra vida es el más dulce sueño. Sí, parece que estuviera hecha de galletas y fresas.

Continuará eternamente...

Diego Armando Arciniegas Malagón